

CAPÍTULO XV

Religion de los mejicanos.—Sus dioses y sus atributos.—Origen de los sacrificios.—Fiestas celebradas en los diez y ocho meses del año azteca.—Sacrificios de víctimas humanas que en ellos se hacian.—Número de sacrificados anualmente.—Oblaciones, ayunos y penitencias.—Ceremonias á la salida del sol.—Número de veces con que diariamente incensaban á sus idolos.—Sitios destinados á las almas en la otra vida.—Número de sacerdotes que habia.—El sacerdocio no era perpetuo y los sacerdotes eran casados.—Jerarquías que existian entre los sacerdotes.—La educacion de la juventud estaba á cargo de los sacerdotes.—Ordenes religiosas.—Sacrificadores sacerdotes y sacrificios en diversas fiestas.—Ayunos y terribles penitencias de los sacerdotes.—Número de templos y sus rentas.—Ritos de los mejicanos en el nacimiento de un niño.—Ritos nupciales.

Despues de haber dejado correr la pluma por el agradable campo de los adelantos y la civilizacion de un pueblo, que supo con su inteligencia y su amor al estudio formar códigos de acertadas leyes, presentar monumentos que acreditan sus conocimientos en astronomía, y crear una literatura sentida y filosófica, preciso es detenernos á dar á conocer uno de los puntos que se enlazaban íntimamente con su vida política, y que ejercia

una poderosa influencia en los mas notables actos de la sociedad. El punto íntimamente ligado al sér político de aquella sociedad, era la religion.

Quien no conozca la religion de los aztecas, es imposible que pueda formarse una idea exacta de sus instituciones sociales y de su gobierno.

La mitología azteca, aunque semejante en los atributos de algunos dioses, á la mitología de los antiguos griegos y romanos, no lo era en la parte relativa á la moral de sus divinidades.

En ambas se ven los esfuerzos del hombre, impulsado por un sentimiento religioso que, no comprendiendo los misterios de la naturaleza, busca para poderlos explicar y darse cuenta de su misma existencia, los agentes sobrenaturales que dirigen las maravillosas obras de la creacion.

Comprendian que no podia existir efecto sin causa, criatura sin creador; y siendo muchas las cosas creadas, juzgaban que el número de dioses debia estar en relacion con el número de ellas. Sin embargo, los sentimientos que la nacion mejicana atribuia á sus dioses, diferian completamente de los que los griegos y romanos concedian á los suyos. Estos dos últimos pueblos atribuian á sus divinidades todas las venganzas, impurezas y crímenes imaginables, y celebraban sus fiestas con vergonzosas bacanales y escandalosas saturnales, justificando sus vicios con los vicios de que juzgaban dotados á sus númenes. Los dioses de los aztecas estaban exentos de impureza; pero en cambio eran sangrientos, y solo parecian complacidos cuando la caliente sangre de víctimas humanas humeaba en sus altares.

Las hecatombes de séres racionales eran una exigencia de aquellas divinidades, que manchaban el poético y florido suelo del Anáhuac; la negra nube importuna, en medio de un cielo diáfano y encantador; la repugnante huella del genio desolador, impresa en el delicioso jardin de América; el sombrío semblante de la tristeza, en medio de los transparentes lagos, del ambiente perfumado, de las floríferas colinas, de los bosques, de las aves, de las delicias, en fin, de un país encantador, donde la naturaleza entera sonrie dulcemente al hombre.

En todas las fiestas de las principales deidades que se celebraban en los diez y ocho meses, de á veinte dias, de que constaba el año azteca, se hacian sacrificios de víctimas humanas á las divinidades, excepto en una que se verificaba el 16 de Febrero, en honor del dios del fuego.

Las mismas hecatombes se repetian en las fiestas anuales, así como en las que se celebraban al principio de cada período de trece años, y en la secular, al fin de los cincuenta y dos de que se componia el siglo de aquellas naciones. En esas fiestas se presentaban asociadas íntimamente cosas que, por su naturaleza, se repelian, se rechazaban como repulsivas y contrarias entre sí. Al mismo tiempo que se vertia la sangre humana de desventuradas víctimas, se ofrecian flores, incienso, codornices, palomas, plantas y semillas, á las inhumanas deidades. Mientras modestas y virtuosas jóvenes y candorosos niños, coronados con bellas y aromáticas guirnaldas, se dirigian en agradable procesion al templo, á colocar al pié de los altares, aromático incienso y vistosos ramilletes, otra procesion, imponente y severa, conducia á ofrecer á la

misma divinidad, el corazón arrancado del pecho de un desgraciado. La idea de lo bello, de lo digno, de lo grato, estaba unida á la de lo funesto y lo espantoso.

Se diría, examinando los contrastes de aroma y de sangre, ofrecidos á la vez á sus trece dioses tutelares, que los mejicanos obedecían á dos influencias opuestas, noble y magnánima la una, inspirada por la naturaleza; dura y terrible la otra, sugerida por la preocupación. En el punto religioso, lo mismo que en lo que hace relación al estado social, los mejicanos ofrecían disparidades las más inconcebibles y extrañas. Al lado de las máximas de moral, insinuadas de la manera más dulce, los castigos severos y hasta crueles, por la infracción de la menos importante: leyes prudentes y sabias, junto á otras inobservables; costumbres suaves, mezcladas con otras rudas y sangrientas; la luz acompañada de la sombra; lo bello y encantador, unido á lo repugnante y fiero; los sacrificios humanos y los banquetes celebrados con los miembros de las víctimas sacrificadas, asociados á las fragantes rosas, las vistosas guirnaldas de flores, las blancas palomas y las sencillas ecdornices.

Los aztecas, aunque idólatras, tenían una idea, bien que imperfecta, de la existencia de un Sér supremo, Creador de todo lo que ostentan los cielos y la tierra. Le juzgaban invisible, y por lo mismo no le representaban bajo ninguna forma ni figura. Le distinguían con el nombre genérico de *Teotl*, y en las plegarias que le dirigían, le llamaban «el dios por quien vivimos»; «el que todo lo tiene en sí mismo», «sin el cual es nada el hombre»; «que está presente á cuanto se hace»; «que

lee todos los pensamientos y ve todas las obras»; «dispensador de las gracias y los bienes»; «perfecto y puro», «bajo cuya paternal protección encontramos dulce reposo y seguro amparo».

Pero á pesar de esos sublimes atributos que le concedían, juzgaban demasiado grande la máquina complicada del Orbe, para que pudiese regirla sin asociarse á otros dioses, y creían que á cada uno de éstos estaba encomendada una de las sublimes obras de la creación. La unidad de un Sér, á cuya sola voluntad se subordinan y obedecen las diversas partes del sublime conjunto que forman las maravillas de la creación, no la veían con claridad; y no se podían explicar la marcha uniforme y perfecta del todo, sino por medio de agentes inferiores, encargados de la ejecución de sus respectivas obras.

Trece eran los dioses principales; doscientos sesenta los que recibían oraciones durante todo el año lunar, y dos mil, los menos importantes, aunque no menos respetados.

El dios de más alta alcurnia, después del Supremo Sér invisible, que ya hemos mencionado, era *Tezcatlipoca*, que significa *espejo reluciente*. Se le juzgaba autor del cielo y de la tierra, el *alma del mundo* y señor de todas las cosas. Representábanle hermoso y dotado de juventud perpetua, para significar la belleza de lo creado, y que siempre es jóven la naturaleza. La materia de que el ídolo estaba hecho, era de una piedra negra y reluciente, llamada *teotell*, que significa *piedra divina*, semejante al mármol negro. Le juzgaban dispensador de envidiables bienes á todos los que observaban una conducta irreprochable, y severo con los malos y viciosos, á quienes castigaba, enviándoles

penosas enfermedades y males continuos. Atento con el menesteroso arrepentido, escuchaba los ruegos que se le dirigian y remediaba las penas que le aquejaban. No habia esquina de calle que no ostentase asientos de piedra, hechos exclusivamente para que en ellos descansase la deidad; bancos sagrados, en que á ninguna persona le era permitido sentarse. Segun la historia mitológica, presentada en las pinturas aztecas, habia descendido del esplendente cielo por medio de una misteriosa cuerda, formada de telarañas que, cediendo suave y elásticamente al divino peso de la celeste deidad, llegó justamente hasta tocar la tierra. En las curiosas páginas de esa misma mitología, que constituian el libro divino de la nacion azteca, se consignaba que habia arrojado de la ciudad de Tula al gran sacerdote Quetzalcoatl, virtuoso y venerable sabio á quien mas tarde se le colocó en el número de las divinidades. Se le representaba al dios *Tezcatlipoca*, atados los cabellos con un cordon de oro, de cuyo extremo pendia una oreja del mismo rico metal, con algunas partículas, imitando el humo, que significaban los ruegos de los afligidos. De su labio inferior le colgaba un cañuto trasparente, de una materia semejante al cristal, en cuyo fondo brillaba una plumita verde, que persuadia de pronto, una piedra preciosa. Cubria su ancho pecho una lámina de oro macizo, y ricos brazales, tambien de oro, adornaban sus brazos. Velaba su ombligo una fina esmeralda de subido precio: ricos pendientes de oro adornaban sus orejas, y en la mano izquierda ostentaba un bellissimo abanico del mismo metal, con brillantes plumas, en que se reflejaban los objetos, como en un limpio y terso espejo. De esta manera trataban de

significar que todo lo veia la expresada deidad, que nada se le ocultaba de lo que en el mundo se hacia. Cuando querian darle á conocer con los atributos de la justicia, lo representaban sentado en un banco, rodeado de un lienzo escarlata, en que se veian pintados huesos y cráneos humanos, empuñando en la mano izquierda un escudo y cuatro flechas; levantado el brazo derecho, en cuya mano tenia un dardo en actitud de arrojarlo; pintado de negro el cuerpo, y coronada la cabeza con plumas de codorniz.

Otras dos divinidades, altamente reverenciadas, y que habitaban en una ciudad llena de encantos y placeres, edificada en el cielo, eran el dios *Ometeuctli*, ó *Citlallatonac*, y la diosa *Omecihautl*, ó *Citlalicue*. Se creia que ambos tenian el cuidado de velar por la felicidad del mundo, y que comunicaban á los séres humanos sus respectivas inclinaciones. La diosa, que habia tenido muchos hijos, tuvo la desgracia de dar á luz, en un parto, un cuchillo de pedernal, como tengo dicho en el capítulo anterior, al hablar de la última de las cuatro edades, por lo cual fué arrojada del cielo por aquéllos. Tambien referí que al caer á la tierra brotaron, al golpe dado, seiscientos héroes que por medio de un hueso pedido al dios del infierno, que se hizo pedazos, lograron, rociando con sangre de sus cuerpos los fragmentos, formar un hombre y una mujer, volviendo de esta manera á poblarse de nuevo el mundo. Los seiscientos héroes, ó semidioses, consiguieron de aquella manera su objeto, que era tener servidores y vasallos. Mucho tiempo disfrutó la tierra de todos los bienes apetecibles; pero llegó un dia en que se extinguió el sol, sin cuya luz y calor el mundo tenia que desaparecer. Ante

Apoteosis del sol. aquel conflicto, los expresados héroes se reunieron en Teotihuacan, al rededor de una inmensa hoguera que encendieron, y con acento profético dijeron á la multitud que, si habia alguno que se atreviese á lanzarse en las llamas, al instante se veria convertido en sol, perteneciendo desde entonces á la gloriosa clase de los dioses. Al escuchar la promesa de los héroes, un hombre llamado *Nanahuatzin*, lleno de intrepidez y deseando verse deificado, se arrojó al fuego y bajó al infierno. Todos los circunstantes quedaron esperando el resultado de la empresa acometida. Entre tanto los seiscientos héroes hicieron una apuesta con varios animales, entre los cuales figuraban las langostas y las codornices, respecto del sitio por donde el sol debia aparecer de nuevo. Ninguno de los animales consultados pudo adivinar el punto por donde apareceria el astro del dia, y en consecuencia fueron sacrificados.

Por fin el sol se presentó por la parte que despues se llamó *Levante*; pero á los pocos instantes de haberse elevado sobre el horizonte, se detuvo. Los héroes le mandaron que continuase su carrera; pero habiéndose negado el sol á obedecerles, uno de ellos, llamado *Citli*, preparando el arco, le arrojó una flecha. El sol se inclinó un poco, y evitó el golpe. *Citli* disparó otras dos flechas, de las cuales solo una llegó hasta el sol. Irritado éste de aquel desacato, rechazó la flecha contra *Citli*, clavándosela en la frente, de cuya herida murió á los pocos instantes. La muerte de *Citli* llenó de consternacion á los demás héroes;

Origen de los sacrificios humanos. y juzgándose impotentes para luchar contra el sol, ó queriendo desagraviar al ofendido

dios, pidieron á su hermano *Xolotl*, que les matase por su propia mano. *Xolotl* obsequió el deseo de los héroes, les quitó la vida, abriéndoles el pecho á todos, y en seguida se mató á sí mismo. Antes de morir, los héroes se despojaron de sus ropas y las entregaron á sus servidores. Cuando *Hernan Cortés* conquistó Méjico, los indios guardaban aun, con grande veneracion y respeto, unas telas muy viejas que aseguraban ser las que heredaron de los ilustres héroes. La muerte de éstos llenó de tristeza á los habitantes de la tierra, y el dios *Tecaztlipeca* que era, como he dicho, la divinidad mayor, despues del invisible *Sér Supremo*, envió á uno de los fieles vasallos de los sacrificados héroes, al palacio del sol, para que trajese una sonora música con que se celebrasen las fiestas en honor del mismo sol, encargándole que hiciese saber á éste que, cuando hiciese un viaje por mar, como tenia resuelto, se le pondria un puente de ballenas y tortugas. El hombre encargado de la elevada comision, partió hácia el palacio del astro principal, entonando un himno que el mismo dios *Tecaztlipeca* le enseñó. De aquí tuvo origen, segun los mejicanos, la música y el baile con que celebraban las fiestas de sus divinidades, y el sacrificar diariamente codornices al sol. Respecto de los sacrificios humanos, la costumbre reconocia por principio el co-

Apoteosis de la luna. metido por *Xolotl* en sus hermanos y en él mismo. Parecido al apoteosis del sol, fué el apoteosis de la luna. Otro hombre, de los que se hallaban al rededor de la hoguera en que se arrojó *Nanahuatzin*, se lanzó tras él, imitando su ejemplo; pero como las llamas habian perdido, al devorar el combustible, parte